

tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. Bien, dijo D. Martín; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay eclipses? La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpa á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Así como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó la más inocente. Con que amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitucion.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allá chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.

CAPITULO VIII.

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa.



OTRO dia nos levantamos muy contentos, el señor cura hizo poner su coche, y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni necio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del necio no dársele nada de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le

rebatí defendiéndome con los disparates que él habia hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debia de haber advertido que es una majadería ponerse apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenia un genio mas prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querian más que á Juan Largo, que era naturalmente toseco y engreído. Con esto, cuando yo decia alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival Enero, y trataba de vengarse siempre que hallaba ocasion, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traicion á la sombra de la misma virtud!

Como yo por una parte lo amaba, y el por otra tenia un genio intrigante, le disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes saliamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen ginete seria yo, que no habia montado sino los caballos de alquiler barato de México; animales flacos, trabajados y de una zonería y mansedumbre imponderable. No eran así los de la hacienda porque casi todos estaban lozanos y eran briosos; motivo bastante para que yo les tuviera harto miedo; por esto me encillaban los de la señora y de la niña su hija, y todas las tardes, como dije, saliamos á pasear Enero, yo y dos hijos del administrador, que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el ménos ginete, ó como dicen, el mas colegial; con esto, me hacian mil travesuras en el campo, como colarme los caballos, manearmelos, espantármelos, y cuanto podian para que, apesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacian sin mucha dificultad á cada instante; de suerte que aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las yerbas, ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé como no bastaron á acobardarme. Bien, que mis buenos ami-

gos, despues que reian á mi costa cuanto querian, me consolaban contándome las caidas que habian llevado para aprender, y añadian: “no te apures, hombre, esto no es nada; pero aunque en cada caida te quebraras una pierna, ó se te sumiera una costilla, lo debias tener á mucha dicha cuando vieras lo que aprovechan estas lecciones de los caballos para tenerse bien en ellos; porque, amigo, no hay remedio, los golpes hacen ginete, y tu mismo advertirás que ya no estás tan lerdo como ántes: no, ya te tienes más y te sientas mejor, y si duras otro poco en la hacienda, nos has de dar á todos ancas vueltas.”

¿Quién creará que estas frívolas lisonjas eran las vilmas medicinales que aquellos tunantes aplicaban á mis golpes y magullones. ¿Y quién creará que yo me daba por muy bien servido con ellas, y se me olvidaba la jácara que me hacian al caer, y los pugidos que me costaba levantarme algunas veces? ¿más quién lo ha de creer, sino aquel que sepa que la adulacion se hace tanto lugar en el corazon humano, que nos agrada aun cuando viene dirigida por nuestros propios enemigos?

El picaron de Januario no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podia, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un dia domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo á torear con él al corral: que eran los becerros chicos: que estaban despuntados: que él me enseñaria; que era una cosa muy divertida; que los hombres debian saber de todo, especialmente de cosas de campo: que el tener miedo se quedaba para las mugeres, y qué sé yo que otros desatinos, con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que ví la tal zambra de hombres y brutos. Se me disipó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté á mi antigua circunspeccion en este punto, y atropellando con todo, me entré al corral á pié, porque me juzgué mas seguro.

A los principios llamaba al becerro á distancia de diez ó doce va-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ras, con cuya ventaja me escapaba fácilmente de su enojo, subiéndome á las trancas del corral: mas como en esta vida no hay cosa á que no se le pierda el miedo con la repeticion de actos, poco á poco se lo fuí perdiendo á los becerros, viendo que me libraba de ellos sin dificultad, y ayudado con los estímulos de mis buenos amigos y camaradas, que acada momento me gritaban, "arrímese, colegial: arrímate, hombre, no seas collon: anda Coquita," [1] y otras incitaciones de esta clase, me fuí acercando mas y más á sus testas respetables, hasta que en una de esas se me puso por detras de puntillas el Sr. Juan Largo, y cuando yo quise huir no pude, porque él me embarazó la carrera haciendo que tropezaba con migo, con cuyo auxilio tan á tiempo me alcanzó el becerro y levantándome en el aire con su mollera, me hizo caer en tierra como un zapote, mal de mi grado, y á la distancia de cuatro á cinco varas. Yo quedé todo desgarnido del susto y del porrazo; pero con todo esto, como el miedo es ligerísimo y yo temia la repeticion del lance, pues el becerro aun esperaba concluir su triunfo, me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habian reventado los botones y las cintas de los calzones, y así habiéndoseme bajado á los talones quedé engrillado sin poder dar un paso y en la mas vergonzosa figura; pero el maldito novillo, aprovechando mi ineptitud para correr, repitió sobre mí un segundo golpe; mas contal furia, que á mí me pareció que me habrian quebrado hasta las costillas con una de las torres de Catedral, y que habia volado más allá de la órbita de la luna; pero al dar en el suelo tan furioso costalazo como el que dí, no volví á saber de cosa alguna de esta vida.

Quedé privado: suviéronme cubierto con unas mangas, y se acabó la diversion con el susto, creyendo todas las señoras que me habia dado un golpe mortal en el cerebro.

Quiso Dios que no pasó de una ligera suspension del uso de los

Lo mismo que Marica ó Mariquita.—E.

Me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habian reventado los botones y las cintas de los calzones.



sentidos; pues con los auxilios de la lana prieta (1), el álcali, ligaduras y otras cosas, volví en mi al cabo de media hora, sin mas novedad que un dolorcillo en el hueso *cocix*, que no dejaba de molestarte más de lo que yo queria.

Pero cuando estuve en mi entero acuerdo y me ví rodeado de todos los señores que estaban en la hacienda, tendido en una cama y brigado, y llenos todos de sobresalto, preguntándome: unos ¿cómo se siente vd? otros, ¿qué tiene vd? y todos: ¿qué le duele? y en medio de esta concurrencia advertí mis calzones sueltos, por haberse reventado la pretina, y me acordé de las faldas de mi camisa y del lance que me acababa de pasar, me llené de vergüenza (pasión que no me ha faltado del todo), y hubiera querido haber caído honestamente como César cuando lo asesinó Bruto.

Les dí gracias por su cuidado, contestándoles que no me habia hecho mayor mal; mas con todo eso, la señora de la hacienda me hizo tomar un vaso de vinagre aguado, y á poco rato una porcion de calahuala, con lo que á otro dia estaba enteramente restablecido.

Mi buen amigo Januario en aquel primer rato de mi mal, y cuando todos estaban temiendo no fuera cosa grave, se manifestó bien apesadumbrado con toda aquella hipocresía que sabia usar; mas al siguiente dia que me vió fuera de riesgo, me cogió á cargo y comenzó á desahogar todas sus bufonadas, haciéndome poner colorado á cada momento delante de las muchachas con el vergonzoso recuerdo de mi pasada aventura, insistiendo en mi desnudez, en la posicion de mi camisa y en el indecente modo de mi caída.

Como él con sus truhanadas escitaba la risa de las niñas, y yo no podia negarlo, me avergonzaba terriblemente, y no hallaba mas recurso que suplicarle no me sonrojara en aquellos términos; pero mi súplica solo servia de espuelas á su maldita verbosidad, y esto me añadía mas vergüenza y mas enojo.

[1] La gente vulgar cree que esta lana y no la blanca es la que tiene virtud de hacer volver en sí al que está privado de sentidos, y á esta vulgaridad alude el autor.—E.

Para serenarme me decia: no seas tonto, hermano: si esto es chanza. Esta tarde nos iremos á pasear á Cuamátla, verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen? ¿el almendrillo ó el grullo de tia? Yo le contesté la primera vez que me lo dijo: amigo, yo te agradezco tu cariño, pero escústate de que me ensillen ningun caballo, porque yo no pienso volver á montar en mi vida grullas ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros ó becerros. Anda, hombre, decia él, no seas tan cobarde: no es ginete el que no cae, y el buen torero muere en las astas del toro. Pues muere tú, norabuena, le respondia yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver á mi casa con una costilla menos ó una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero. En dos palabras: yo no volví á montar á caballo en su compañía, ni á ver torear siquiera, y desde aquel dia comencé á desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros! pero mas “feliz el que escarmienta en los peligros agenos,” como dijo un antiguo: *Feliz quem faciunt aliena pericula cautum*. Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

A los tres dias de este suceso se acabaron las diversiones, y cada huésped se fué para su casa. El malvado Januario habia advertido que yo veia con cariño á su prima y que ella no se incomodaba por esto, y trató de pegarme otro chaseo que estuvo peor que el del becerro.

Un dia que no estaba en casa D. Martin porque se habia ido á otra hacienda inmediata, me dijo Januario: yo he notado que te gusta Poncion, y que ella te quiere á tí. Vamos, dime la verdad, ya sabes que yo soy tu amigo y que jamás me has reservado secreto. Ella es bonita: tú tienes buen gusto, y yo te lo pregunto porque sé que puedo servir á tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo yo casar con ella; y así me alegrara que disfrutara de su amor un amigo á quien yo quisiera tanto como á tí ¿Quien habia de pensar

que esta era la red que me tendia este maldito para burlarse de mí á costa de mi honor? Pues así fué, porque yo tan fácil como siempre, lo creí, y le dije: que tu prima es de mérito, es evidente: que yo la quiero, no te lo puedo negar; pero tampoco puedo saber si ella me quiere ó nó, pues no tengo por donde saberlo. ¿Cómo no? dijo Enero, ¿pues qué nunca le has dicho tu sentimiento? Jamas le he hablado de eso, le respondí. Y ¿por qué? instó él. ¿Cómo por qué? le dije yo, porque le tengo vergüenza: dirá que soy un atrevido; lo avisará á su madre, ó me echará noramala. A más de eso tu tía es muy celosa, jamás nos dá lugar de hablar, ni la deja sola un momento; ¿con que cómo quieres que tenga yo lugar para tratar con esa niña unas conversaciones de esta clase? Rióse Enero grandemente, burlóse de mi temor y recato, y me dijo: eres un pazguato; no te juzgaba yo tan zonzoso y para nada: ¡miren qué dificultades tan grandes tienes que vencer! Quitá allá, collon. Todas las mujeres se pagan de que las quieran, y aunque no correspondan, agradecen el que se los digan. Ahora, ¿no has oído decir, que al que no habla nadie le oye? Pues habla, salvage, y verás como alcanzas. Si temes á la vieja de mi tía, yo te haré juego, yo te proporcionaré que le hables á solas, espacio y á tu satisfacion. ¿Qué dices? ¿quieres? habla: verás que yo solo soy tu verdadero amigo.

Con semejantes consejos, viendo que la ocasion me brindaba con lo mismo que yo apetecia, no tardé mucho en admitir su obsequiosa oferta; y le dí más agradecimientos que si me hubiera hecho un verdadero favor.

El bribón se apartó de mí por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento y me dijo: todo está hecho. He dado un vomitorio á Poncianita, y me ha desembuchado todo: ha cantado redondamente, y me ha confesado que te quiere bien. Yo le dije que tú mueres por ella y que deseas hablarla á solas. Ella quisiera lo mismo, pero me puso el embarazo de su madre que la trae todo el día como un llavero. La dificultad al parecer es grande; más yo he discurrido

el arbitrio mejor para que vdes. logren sus deseos sin zozobra, y es éste: el tío no ha de venir hasta mañana: ya tú sabes la recámara donde ella duerme con su madre, y sabes que su cama está á la derecha luego que se entra; y así esta misma noche puedes entre las once y doce ir á hablarla todo cuanto quieras, en la inteligencia de que la vieja á esa hora está en lo mas pesado de su sueño. Poncianita está corriente, solo me encargó que entrarás con cuidado y sin hacer ruido, y que si no está despierta, le toques la almohada, que ella tiene un sueño muy ligero. Con que mire vd., señor Periquillo, y que pronto se han vencido todas las dificultades que te acobardan; y así que no hay que ser zonzoso, logra la ocasion ántes que se pase, ya yo hice por tí cuanto he podido.

Repetí las gracias á mi grande amigo por sus buenos oficios, y me quedé haciendo composicion de lugar, pensando qué le diria yo á esa niña (pues á la verdad mi malicia no se estendia á más que á hablar, y deseando que corrieran las horas para hacer mi visita de lechuza

Entre tanto, el traidor Juan Largo, que ni palabra habia hablado á su prima acerca de mis amorcillos, fué á ver á su tía, y le dijo que tuviera cuidado con su hija, porque yo era un completo zaragate: que él ya habia notado que yo le hacia mil señas en la mesa, y que ella me las correspondia: que algunas noches me habia buscado en mi cama, y no estaba yo en ella; y así que mudara á Poncianita á otra recámara con una criada, y que ella se acostara en la misma cama que su prima aquella noche y estuviera con cuidado á ver si él se engañaba. Todo le pareció muy bien á la señora, lo creyó como si lo viera, agradeció á Enero el celo que manifestaba por el honor de su casa: prometió tomar el consejo que le acababa de dar, y sin más averiguacion, se encerró en un cuarto con la inocente muchacha y le dió una vuelta del demonio, segun me contó á los dos meses una criada suya que se fué á acomodar á mi casa y oyó el chisme del pícaro primo, y advirtió el injusto castigo de Ponciana.

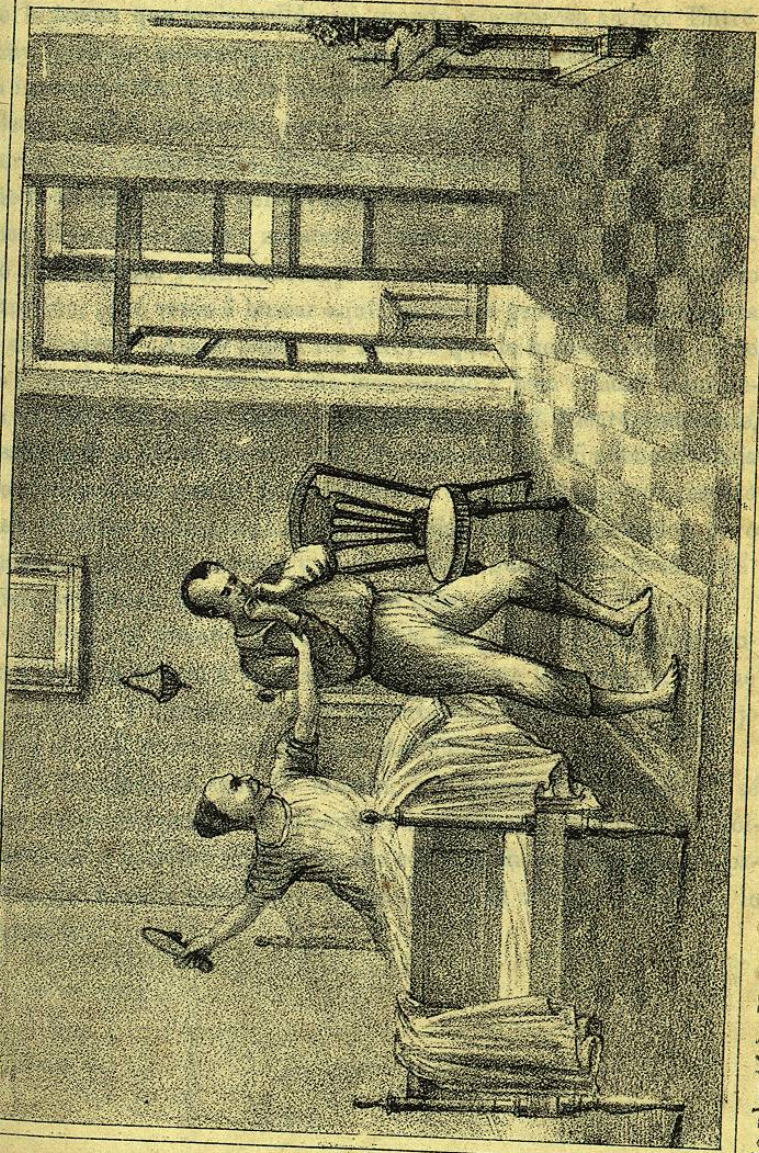
Dos lecciones os da este suceso, hijos míos, de que os debereis

aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos á cualquiera que se os venda por amigo; lo uno porque puede no serlo, si no un traidor, como Januario, que trate de valerse de vuestra simplicidad para perderos; y lo otro, porque aun cuando sea tu amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entonces si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le háyais comunicado en secreto, para vengarse. En todo caso, mejor es no manifestar el secreto que aventurarlo: *si quieres que tu secreto esté oculto, decia Séneca, no lo digas á nadie; pues si tú mismo no lo callas, ¿cómo quieres que los demás lo tengan en silencio?*

La otra leccion que os proporciona este pasage es, que no os lleveis de las primeras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es verás, ó no el mensagero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable, que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser y ha sido muchas veces causa de unos daños irreparables. Por un chisme del perverso Amán iban á perecer todos los judíos en poder del engañado Asuero; y por otro chisme y calumnia del maldito Juan Largo, sufrió la niña su prima un castigo y un descrédito injusto.

En el discurso de aquel dia la señora me mostró bastante ceño ó mal modo; pero como muchacho, no presumí que yo era la causa de él, atribuyéndolo á alguna enfermedad ó indisposicion con la familia sirviente. Sí extrañé que la niña no asistió á la mesa, pero no pasó de echarla ménos.

Llegó la noche: cenamos, me acosté, y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita; cuando á las horas prevenidas, el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, se levantó y fué á despertarme diciéndome: flojo, condenado ¿qué haces? anda, que son las once y te estará esperando Poncianita. Era mi sueño mayor que mi malicia; y así mas de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando



de frio y de miedo me fui para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que tenia urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito: me acerque á la cama donde yo pensaba que dormia la inocente niña; toqué la almohada, y cuando ménos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me habia dado, me decia que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito mas recio que el mismo zapatazo. Entónces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto así me dijo: cálese vd., mocoso atrevido, ¿qué venia á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja vd. para los payos ordinarios y sin educacion? Picaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarle á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que por respeto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el dia haré que se lleve á vd. á México, que yo no quiero pícaros en mi casa.

Yo lleno de temor y confusion me le hiqué, lloré y supliqué tanto que no le avisara á D. Martin, que al fin me lo prometió. [Fuíme á mi cama, y observé que reia bastante el indigno Januario debajo de la sábana, pero no me dí por entendido.

Al dia siguiente vino D. Martin; y la señora pretestando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendida con su marido, segun me lo prometió.